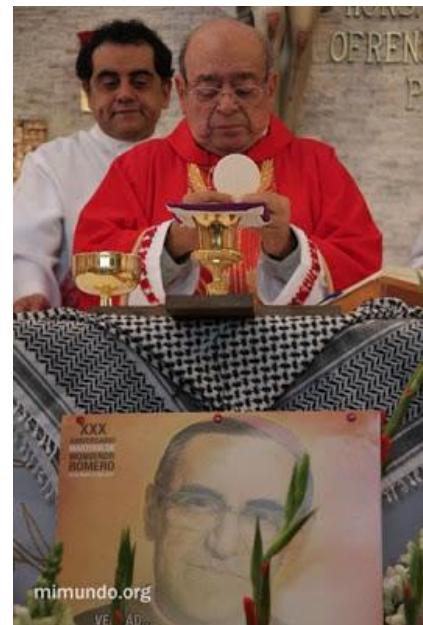


**EN MEMORIA DE
DON SAMUEL RUIZ GARCIA
EN EL 6º ANIVERSARIO DE SU
PASCUA**

Por Martín Hernández

El 24 de marzo del año 2000, al inicio del nuevo milenio y durante la conmemoración del XX Aniversario del martirio de monseñor Oscar Arnulfo Romero, don Samuel Ruiz García, todavía presidente del entonces Secretariado Internacional Cristiano de Solidaridad con los pueblos de América Latina – SICSL (hoy en día Servicio Internacional Cristiano de Solidaridad) y que lleva el nombre de Monseñor Romero, se abrió paso entre los vendedores de puestos que rodeaban la reja que custodia la Cripta de la Catedral de San Salvador y bajó, junto a otros obispos y miembros del SICSL, las escaleras que conducían a la vieja tumba del arzobispo mártir.



Era, recuerdo, un bloque rectangular de concreto entre paredes despintadas y el polvo acumulado por los años; no había allí más que un cuadro con el retrato de Monseñor y decenas de exvotos y pequeños retablos, dándole las gracias por algún milagro recibido por su intercesión.

La tumba de la cripta no se abría regularmente, se había prohibido “el culto público” para no “entorpecer” en Roma –según se decía– la causa de quien ya era Santo. Alguien había tomado la decisión de bajar a Monseñor Romero al sótano, a las catacumbas, pretendiendo así llevarlo al olvido. Pero, ¿cómo iba su pueblo a olvidarlo? La sangre de Monseñor abonó las semillas de libertad en todo el Continente. Y muchos hermanos suyos decidieron seguir su ejemplo valiente, entre ellos don Samuel. Eran todavía momentos de oscuridad y de tensión dentro de la iglesia toda y momentos de tensión social y política en nuestra América Latina.



Don Samuel apoyó las manos en la tumba que, por lápida, tenía esas pequeñas muestras del inmenso amor que el pueblo pobre tiene por Romero; dio un fuerte suspiro y guardó silencio. Don Pedro Casaldáliga, don Heriberto Hermes, don Tomás Balduino, obispos de Brasil; el Reverendo Miguel Tomás Castro, de la Iglesia Bautista Emmanuel y algunos otros que allí estuvimos, acompañamos ese momento solemne de nuestro querido j'Tatic Samuel.

Cerró los ojos y los demás pusimos nuestras manos sobre ese altar que resguardó a Monseñor durante años hasta ser trasladado al lugar que ahora ocupa en la misma catedral.

Siempre me pregunté qué estaría pensando don Samuel en esos instantes, qué le estaría contando a su hermano obispo, qué preocupaciones le estaba compartiendo... quizás le estaba diciendo que en ese mismo instante estaba esperando respuesta de Roma, a la carta de renuncia

que meses atrás había enviado, por haber cumplido ya los setenta y cinco años de edad y cuarenta como obispo titular de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, en Chiapas.

Le estaría pidiendo, como le pedían esos retablos, que siguiera intercediendo ante el Padre, por este pueblo sufriente que no dejaba de ser humillado, oprimido, pero que, gracias a su ejemplo, caminaba ahora con dignidad y con esperanza.

Recordaba don Samuel, quizá, ese domingo de ramos de 1980, en el cual caminó por las turbulentas calles de San Salvador, acompañando al Cardenal Ernesto Corripio Ahumada y a su amigo de Cuernavaca, don Sergio Méndez Arceo, en solidaridad con el clero y con el pueblo salvadoreño que fue a rendir homenaje, el día de su funeral, al obispo en su catedral; y que ese mismo día fue, una vez más, acribillado desde las azoteas del palacio de gobierno.

Le estaría diciendo, como le declaró a su regreso a México al periodista Carlos Fazio, que su muerte –la muerte de Romero- fue un fuerte cuestionamiento personal. Le contaría que, al asistir a una concelebración en la vicaría del barrio de Mexicanos, fue presentado por un sacerdote salvadoreño como “el defensor de los indios” y que eso le dolió mucho, por la incongruencia de sus propias acciones; “pues pensé en mis 20 años de obispo contra los 3 últimos de Romero;



y en que la teoría y la práctica no deben estar desligadas. Sentí un gran contrasentido: aquí está en el féretro el verdadero defensor de los pobres. ¿Dónde está mi compromiso concreto para ser merecedor de aquel título? ¿Qué debo hacer yo para ser congruente: cómo favorezco al proceso popular? ¡Debo ser coherente! “Situaciones como estas clarifican: allí hay un hombre cristiano y responsable, al que el pueblo inspira y transforma”

Tal vez le recalcó lo que siempre nos decía en el SICSL: “La muerte de monseñor Romero es para mí un compromiso”:

Frente a esa tumba, la de Monseñor Romero, éramos testigos de un diálogo amoroso de dos hermanos que compartieron la misma mesa y que bebieron el mismo trago amargo del rechazo, de la traición y del aislamiento de sus mismos hermanos en la fe.

Esa tarde don Samuel pensaba que Romero “Fue un mártir no ocasional” y que “No hay sólo mártires de la fe, sino también mártires de la justicia... porque la justicia implica la fe”.

Don Samuel no fue un mártir según la ortodoxia eclesial, pero supo entregar su vida por las grandes causas que el mismo Monseñor Romero vivió: un entrañable amor a los pobres, a los desposeídos, a “Los Nadie” del poema de Galeano: los excluidos, los ignorados, los expulsados, los ninguneados, las hijas y los hijos de nadie... las mujeres violentadas, los obreros del hambre, los pueblos negros, los pueblos indios... los nadie.

Acarició don Samuel el frío concreto de la tumba y volvió a suspirar, sentía en sus manos las lágrimas secas del dolor derramado en ese espacio, lloraba él también en su corazón por los fracasos, por las frustraciones, por los sinsabores, por las traiciones; lloraba también de gozo y de alegría, por la satisfacción de una misión cumplida, por nunca haber claudicado ante la tentación de la soberbia y de la vanagloria de este mundo... depositaba sus lágrimas en ese sótano oscuro, como un profundo homenaje a su precursor, que con su sangre pudo iluminar la noche oscura y las tinieblas que cubrían a su pueblo.



Los minutos transcurrían cuando, de repente, con esa voz grave y de tono fuerte que en ocasiones imprimía, don Samuel entonó un canto, ese que se suele cantar en la Pascua de todos los Romeros del mundo, el canto que sigue retumbando en las paredes de la cripta de Catedral, el canto que ahora entonamos para nuestro querido don Samuel, a seis años de su partida a la casa del Padre:

*¡Resucitó... resucitó...resucitó... Aleluya!
¡Aleluya, aleluya, aleluya, resucitó!
La muerte ¿Dónde está la muerte?,
¿Dónde está mi muerte?
¿Dónde su victoria?
¡Alegria, alegría hermanos
que si hoy nos queremos
es que resucitó!*

Hace seis años, en la plaza de la catedral de San Cristóbal, un hermano nuestro, de las comunidades indígenas de Chiapas perteneciente a la Sociedad Civil “Las Abejas”, estando frente a su ataúd, le dijo a don Samuel:

J'totik Samuel, aquí venimos a verte, a visitar a tu cuerpo, a hablar a tu alma; tú ya te fuiste... pero quedamos nosotros... Gracias J'totik Samuel, que nuestro Papá-Mamá Dios te regaló 86 años de vida. Dios te dio un alma y corazón grande. Nunca te dio miedo luchar contra los poderosos. Nunca le tuviste miedo a las armas. Los obstáculos que te pusieron los poderosos,

pudiste todo superar. Te vas al lugar donde Dios Papá-Mamá te llamó; pero tu espíritu, todo el trabajo que nos enseñaste y compartiste aquí se quedan en nuestras comunidades y en nuestro pensamiento y corazón... J'totik Samuel, te vas, pero te quedas en nuestro corazón. Te vas, pero los frutos de tu trabajo aquí seguirán dando más frutos. La Organización Las Abejas es un ejemplo de esos tantos frutos de tu trabajo. Gracias J'totik Samuel ¡Ya no caminamos encorvados! ¡Ya no bajamos la cabeza al “poderoso”, gracias a ti!”

Pienso ahora que de eso mismo estarán platicando Monseñor y don Samuel, junto a don Sergio y junto a tantas hermanas y hermanos nuestros que ya viven en la Casa del Padre: “dimos nuestra vida, para que nunca más los pueblos empobrecidos del mundo vuelvan a caminar encorvados...”

Hoy, con fuerza, seguimos diciendo: ¡Ya no caminamos encorvados! ¡Ya no bajaremos nunca más la cabeza ante el poderoso, gracias a ti!

*Martín
Parroquia San Isidro Labrador, México
16 enero 2017*